

tamaños desastres: Los Jesuitas habian envenenado las fuentes; los Jesuitas por medio de maleficios habian propagado el contagio; los Jesuitas, en fin, para anonadar el calvinismo, habian incendiado la capital de la antigua Albion. Asíase la cámara legislativa de los Comunes por medio de un acto solemne á las imposturas, cuyo secreto poseia ella sola, y dirige al Rey una peticion, suplicándole que pusiese un término á la insolencia y progresos de los Papistas. Veinte informaciones fueron ordenadas, siendo inauguradas todas por el anglicanismo con una rigidez fastuosa: es verdad que no revelan culpable á ningun Jesuita; pero han servido para tener en suspension las animosidades é injusticias. Conociendo Carlos II que era indispensable ceder á unos odios que no se atreve á reprimir, porque ante todo quiere morir rey, después de haber vivido proscrito por tanto tiempo, trata de aplazar ó conjurar al menos por medio de paliativos las dificultades que se amontonan en derredor suyo. Pero ignoraba que estos paliativos constitucionales debian asesinar su dinastía. Carecia de hijos legítimos, y legó con antelacion á su sucesor todos los obstáculos que suscitaban á la monarquía su ventura vitalicia y los odios protestantes. Exígele el Parlamento que cometa arbitrariedades, y Carlos II se resigna á desterrar á los Jesuitas, y á decretar la ejecucion de las leyes contra los recusantes. «Olivida á sus amigos, dice Bevil Higgons<sup>1</sup>, al paso que agasajaba á sus enemigos. Queriendo reproducir con esto una especie de hombres á quienes ninguna clase de beneficios podia hacer reconocidos, descuidó á los que ninguna injusticia hubiera obligado á separarse de la corte.»

Al propio tiempo su hermano Jacobo, duque de York, y heredero de la corona, se ocupaba en leer la *Historia de la Reforma* del Dr. Heylin, cuya lectura le impulsaba á creer que existia dentro de su alma una obligacion de reconciliarse con la Iglesia universal. El duque de York era un príncipe de juicio recto y de un valor incontestable; ignoraba no obstante que la prudencia es algunas veces una virtud política. Mas franco, menos voluble en sus amores, y mas económico que su hermano; soldado bajo el gran Condé y Turena; almirante de Inglaterra en su lucha con Holanda; vencedor en Opdan en 1665, y competidor del terrible Ruyter en 1672, ignora el arte de prestarse como el Monarca á

<sup>1</sup> *Compendio de la historia de Inglaterra*, pág. 370.

los caprichos legislativos, prefiriendo en la fogosidad de su carácter romper de frente con un fanatismo de que no participa: ve brillar á sus ojos la verdad, y la acepta sin vacilar. Esfuérase, sin embargo, por una excepcion de sus tendencias habituales, á ocultar bajo la pública profesion del anglicanismo la creencia católica que ilumina á su alma; pero habiendo consultado con el P. Simons su posicion, y habiéndole contestado el Jesuita que semejante duplicidad era culpable, á cuyo dictámen suscribió el sumo Pontífice, reveló á Carlos sus escrúpulos de conciencia. El Monarca, católico por instinto, no tardó en aplaudir su pensamiento, como tambien lo realizaron lord Arundel, sir Tomás Chifford y lord Arlington; y seguro ya de sí mismo y de su hermano, ingresó públicamente en el gremio de la Iglesia católica.

Carlos experimentaba necesidades de metálico sin cesar renacientes: érale indispensable enriquecer á sus queridas; comprar á su Parlamento, y satisfacer cada dia nuevos caprichos; y como las Cámaras se habian propuesto no sacarle del apuro, cuando rehusaba hacer á los Jesuitas el blanco de leyes excepcionales, acumulábanse por consecuencia los decretos de proscripcion en las tribunas parlamentarias, con el objeto de sancionarlos á favor de su multiplicidad. La Compañía de Jesús venia á ser el árbol que convenia arrancar de cuajo, para que al instante se sacasen todos los retoños católicos. Siguióse este sistema, que fue puesto en práctica con la mas extraña sagacidad, pero que se frustró sin embargo.

Dirigieron, pues, contra los Padres todas las hostilidades del pueblo, y forjándole un arma de su pasion por la independecia, de sus gustos comerciales, y de aquel puritanismo exagerado que el pueblo transmite á sus hábitos y existencia, le hicieron ver al duque de York como un hombre dispuesto siempre á derrocar por medio de los Jesuitas la obra cimentada por dos revoluciones distintas. El despojo del clero habia improvisado inmensas fortunas territoriales, al paso que la extincion de las Órdenes religiosas habia suprimido los diezmos y servicios personales; y deseando el anglicanismo conservar á toda costa ciertas impresiones favorables á la herejía, después de persuadir á la aristocracia y á la clase media que los Jesuitas, árbitros del corazón del duque de York, solo aspiraban á resucitar las pragmáticas que habian caido en desuso, se dedicó á inventar y á patrocinar las fábulas mas



absurdas. La aristocracia y el pueblo, que tenían un gran interés en dejarse engañar, cayeron espontáneamente en el lazo que les tendían; pasando á escalonarse el reino de Carlos en un complot permanente, cuya alma fueron en todo los Jesuitas.

Esta política, basada sobre una impostura perpetua, pasó tan adelante, que no consintiendo el doctor jansenista Arnauld en ver sucumbir bajo el peso de las calumnias inglesas al enemigo á quien antes se había lisonjeado de aniquilar con la enorme maza de su dialéctica, y abrigando un dia en su corazón el esfuerzo de la verdad, dejó escapar de él algunos acentos de una conciencia pura, y en vista de subterfugios tan mezquinos, exclamó en su *Apología de los Católicos*<sup>1</sup>: «Obsérvase cumplido en la actualidad «al pié de la letra con el pueblo inglés, lo que decia Isaías del «pueblo hebreo: *Omnia quae loquitur populus iste, conjuratio est*<sup>2</sup>: «todo cuanto en ella existe es conjuración. Un Jesuita, autorizado por el Rey y limosnero de su cuñada, aconseja á un fraile «apóstata que reingrese en su convento, esto es *conjuración*: conduce el mismo por la senda de la perfección, y lleva en pos de «sí varias jóvenes católicas que desean vivir en Londres como religiosas, *conjuración* también: desea que algunos sacerdotes pasen á predicar la fe á los infieles en algunos parajes de América ocupados por los ingleses, *conjuración*, y do quiera conjuraciones. Nada puede darse mas ridículo, sin embargo, y se pretenderá después que seamos bastante necios para creer que no «es por motivo de su religión que los Católicos son perseguidos «en Inglaterra, sino solamente por ser conspiradores.»

Arnauld sentaba el dedo en la herida; sondeábala y hacíala sondear, y después de quitar la máscara al proyecto del anglicanismo, este hombre, á quien las rivalidades de doctrina habían arrastrado á las iniquidades de partido, no se atrevía sin embargo á confesar que él mismo había dado el ejemplo de las acusaciones apasionadas. Cubría de oprobio á los ingleses, que con tanto descaro adulteraban la historia é insultaban á la razón pública. Lanzábase á la liza como vengador de la Compañía de Jesús, al paso que empleaba idénticas armas que los ingleses para atacarla. No arredró á los Puritanos esta tardía prohibición: en su odio contra los hijos de Loyola contaban como auxiliares á los Jansenis-

<sup>1</sup> *Apología de los Católicos*, por Arnauld, pág. 474. (Lieja, 1682).

<sup>2</sup> Isaías, VIII, 12.

tas, quienes no tardaron en sacrificar la verdad, tan elocuentemente proclamada por Arnauld, á mezquindades de pandillaje, á vanidades de pluma, á triunfos de amor propio, y á una sombra de popularidad, que jamás se debiera mendigar apoyándose en sofismas ó en cobardes capitulaciones de conciencia.

Así se expresaba el atleta del jansenismo en 1682: ahora vamos á mostrar nosotros por el relato de los hechos, si era justa su indignación. En 1675 llega á la capital de Inglaterra un francés, hijo de una cómica, llamada de Beauchateau, que hasta entonces había vivido errante, y se adapta el nombre de Hipólito Luzancy. Sucesivamente vicedirector en un colegio, criado doméstico, y culpado en seguida de falsario en Montdidier, provincia de Picardía, preséntase por último en Londres como renegado de la Compañía de Jesús. Impulsado por un sentimiento de fe calvinista, pide ser admitido en la Iglesia anglicana, que sin mas investigaciones le acoge desde luego, franqueando sus púlpitos al *Jesuita francés*, saludando como un triunfo su pretendida apostasía, colmándole de favores, y colocándose al nivel de los partidos que jamás se avergüenzan de emplear los instrumentos mas viles y degradados, la Iglesia anglicana le tributa todos los obsequios imaginables. No se le ocultaba al cómico que tamaña degradación solo podía ser compensada con la calumnia, esperando adquirir aun por ella nuevos derechos á mas encumbrados favores. Para inaugurar su plan traba relaciones con los jefes del protestantismo en el Parlamento, y acusa á los Jesuitas, y especialmente al P. San-German, confesor electo de la duquesa de Yorck, diciendo haberle puesto este último un puñal al pecho, y amenazándole con la muerte si no firmaba una acta de retractación. La impostura no podía ser mas palpable; y sin embargo, oýese un solo grito en la Gran Bretaña, levantándose toda en masa para asombrarse de la insolencia de los Papistas. En tanto que el Monarca da orden de capturar al Jesuita, y mientras la cámara de los Lores presenta un bill alentando al apóstata, la de los Comunes, fogosa é irreflexiva siempre, pide que sean encarcelados todos los Jesuitas y los sacerdotes católicos.

Una vez en presencia del Consejo privado, persiste Luzancy en su declaración: habíanle creído con tanta facilidad en lo imposible, que no teme avanzar hasta el absurdo. Anuncia un complot formado por los Católicos contra los Protestantes, que debía estallar





simultáneamente en París y Londres, y del que eran motores los Jesuitas. Su objeto, que no era otro que anegar en un río de sangre á todos los disidentes de la Iglesia, contaba entre sus afiliados al rey Carlos, al duque de Yorck y á las familias mas ilustres de Inglaterra. En prueba de la sinceridad de sus palabras, cita varios testigos herejes: comparecen estos; son interrogados, y todo lo ignoran, y lo niegan todo. Tenian los Anglicanos demasiado interés en ser engañados para dejarse desengañar tan fácilmente: era indispensable embaucar al pueblo, obligándole á que asistiese á la conspiracion de los Jesuitas y del papismo, y por lo tanto trató el Parlamento de sostener los decretos que dictaba la impostura á su arbitrariedad. Sin embargo, no consintiendo Justel, ministro del culto reformado, en dejar triunfar de este modo á la mentira, arrancó la careta á Luzancy<sup>1</sup>, mientras otro colaborador suyo tomó la defensa del P. San-German. Mas, como los odios del anglicanismo eran infalibles, el Parlamento se apresuró á reprender severamente á los que se lanzaban en apoyo de la verdad, pasando el renegado á ser un mártir para los partidarios de la religion de Enrique VIII é Isabel. Acogióle bajo su proteccion el obispo de Londres, Compton, y después de ser admitido como maestro en artes en la universidad de Oxford, se vió instalado en el vicariato de Doyert-Court en el condado de Essex.

La fortuna de este aventurero no podia menos de tentar la ambicion de otros que tratarian de explotar esta mina. Después de tres años se presentó un inglés llamado Tito Oates, que co-

<sup>1</sup> El mismo Antonio Arnauld, en su *Apologia de los Católicos*, p. 476 y 477, después de demostrar que este impostor, acogido con tanto entusiasmo por los Anglicanos, era indigno de todo crédito, añade lo siguiente: «El pseudónimo de Luzancy, con que se dió á conocer después de su apostasia, es una prueba insigne de lo infernal de su alma. Yo he olvidado su verdadero nombre; pero nadie ignora ser hijo de una cómica. Siendo aun niño, pasó por el establecimiento de Port-Royal-des-Champs, donde pernoctó una ó dos veces, y de donde extrajo el apellido de Luzancy, por existir allí un sugeto de gran virtud que le llevaba... Vanagloriábase en Inglaterra de haberse hallado largo tiempo cerca de Mr. Arnauld, y que le habia ayudado en su contestacion á Mr. Claudio; pero habiéndose descubierto todas estas falsedades por Mr. Justel, hombre probo, y que se avergonzaba de este descaro, dió este una queja á la faz de la Inglaterra, y el impostor se vió forzado á declarar que el apellidado Luzancy no tenia nada de comun con el del personaje de Port-Royal: «apropióse en seguida el de otra familia de Brie, en Champaña; pero no tar-  
«daron tampoco en rechazarle los caballeros de ella.»

mo su antecesor, se hallaba en una situacion parecida, y habia apurado hasta las heces la copa de la miseria y del oprobio, antes de pasar á ser el salvador de su patria y del anglicanismo. Ministro anabaptista bajo el protectorado de Cromwell, episcopal bajo la restauracion, y agobiado do quier de deudas, solo un papel infame le restaba que representar. El Dr. Tonge, una de esas naturalezas inconsecuentes que se impresionan del terror que tratan de inspirar á los demás, y que se hallaba á la sazón en Londres, siendo uno de los mas ardientes adversarios de la Compañía de Jesús, é inventando en sus folletos trimestrales esas ignobles calumnias que tanto se amoldan al instinto salvaje y burlesco de las masas, acabó por caer tambien en la red de sus mismos relatos. Convencido hasta la evidencia de que los Jesuitas no conspiraban, les forjó, de acuerdo con Oates, una especie de trama, diciendo que este último se insinuaria con ellos, ora para indagar la clave de sus maquinaciones, ora para crearlas. El traidor simula efectivamente convertirse al catolicismo: implora su admision en la Compañía de Jesús; acoge esta su súplica; remítente al colegio de los Jesuitas ingleses en Valladolid, y cinco meses mas tarde es expulsado de esta casa á causa de sus vicios. Apenas arribado á la presencia de Tonge, exhórtale este á no desesperar de su hipocresía, y triunfando á fuerza de lágrimas de las repulsas del P. Harcourt, provincial de Inglaterra, ingresa en el colegio de San-Omer, donde solicita, aunque en vano, su admision como novicio de la Orden. Habíase reunido el 24 de abril de 1658 la congregacion provincial en el palacio de Saint-James, morada del duque de Yorck: Esta reunion trienal se miró como un consejo extraordinario, en el que los Jesuitas habian discutido y aprobado los medios mas seguros de asesinar al Rey y de abolir el anglicanismo. Tonge y Oates acababan de hallar un punto de apoyo, y no restándoles mas que organizar el plan de conspiracion, combinan todos sus efectos, falsifican cartas, é insertan en ellas todos los nombres católicos que se les ocurren.

Si se recorren los anales del mundo, no se hallará quizás un complot urdido con una ineptitud mas manifiesta; pues no solo resaltaban en él á cada paso las imposibilidades materiales, sino que de estas mismas podian deducirse al momento las imposibilidades morales. Así que, cuando Kirby anunció al Rey, en 13 de agosto, que ciertos asesinos apostados y asalariados por los Je-



suitas atentaban contra su existencia, no pudo menos aquel de sonreirse, y continuó su paseo por el parque de Windsor. Sin embargo, citado Tonge á comparecer en la barra, deslindó el complot, cuyas ramificaciones nadie conocia mejor que él: mas, como era menester dar un golpe decisivo para captarse la confianza, entró á secundarle Oates, diciendo que él era el principal agente de la conspiracion; que poseia todos los secretos de los Jesuitas y de su Sociedad; y en prueba de la veracidad de su aserto, escribe al lord tesoroero, que el P. Bedingfield debe en aquella misma noche recibir cartas referentes al complot.

«Por una feliz casualidad, dice el rey Jacobo II en sus *Memo-  
rias*, se hallaba ausente de Windsor el lord tesoroero cuando le «llegó esta esquela, y pasando por acaso el P. Bedingfield por la «casa de correos en el momento en que llegaba el conductor de «la balija, se llegó á la oficina, pidió sus cartas, y le entregaron «cinco reunidas en un gran paquete, firmadas con los nombres de «Whitebread, Fennick, Ireland, Blondel y Fogartos. Los cuatro «primeros pertenecian á la Compañía de Jesús, cuya letra cono- «cia perfectamente; por lo que, conociendo su falsedad, y sospe- «chando encerraban algun funesto designio, se las entregó en el «mismo instante al duque de Yorck, y éste las puso en seguida en «las manos del Soberano.»

Bedingfield habia roto á insabiendas los primeros hilos de la trama, y viendo Oates que las cartas que le servian de basa contenian caracteres tan evidentes de falsificacion que, «en el curso «del proceso, segun la version de Lingard<sup>1</sup>, los abogados de la «corona juzgaron oportuno suprimirlas,» apeló á un medio atrevido al verse cogido en sus propias redes, y afirmó con juramento ante el juez de paz, sir Edmundo Bury Godfroy, la sinceridad de sus deposiciones. El Parlamento estaba para reunirse: el duque de Yorck insta al Consejo privado para que mande comparecer en la barra al revelador, estableciendo una informacion minuciosa sobre la verdad ó impostura de sus alegatos. En el tribunal declara Oates «que los Jesuitas, asalariados por el Papa y Luis XIV, «habian proyectado aniquilar la religion anglicana, asesinando «para ello al Rey, y aun al duque de Yorck, si este no tomaba parte en el atentado; que el P. Lachaise, confesor del Monarca francés, ponía á su disposicion sumas considerables, y por último

<sup>1</sup> *Historia de Inglaterra*, tomo XIII, cap. I.

«que entraban en el complot la Escocia y la Irlanda. Su simula- «da apostasía, añade, le ha permitido penetrar estra trama: él ha «sido su agente mas activo, y conoce las misteriosas complicacio- «nes que ligan al General de los Jesuitas con la Santa Sede; él «lo ha visto todo, todo lo ha sabido y leido; á riesgo de perder «la vida lo revela todo impulsado por su amor á la antigua In- «glaterra. En Madrid ha visitado personalmente á D. Juan de «Austria, aliado de los Jesuitas; en Paris ha sido acogido por el «P. Lachaise como un enviado de Dios, y le ha entregado diez «mil libras esterlinas.» Oates dice que ha tenido relaciones con el Infante. El Rey le ordena que indique sus señas personales, y Oates contesta sin vacilar: «D. Juan es un hombre alto, flaco y «moreno.»

Este era el verdadero tipo del otro español, hermano de Felipe II; el delator habia oido campanas, como suele decirse. «Vol- «vióse Carlos hácia su hermano, dice Lingard<sup>1</sup>, y se sonrió, por- «que ambos conocian personalmente al Príncipe, y sabian que «era pequeño de estatura y de una tez blanquísima.—¿Y dónde «os entregó el P. Lachaise, añadió el Monarca, las diez mil li- «bras esterlinas?—En la casa de los Jesuitas, confinante con el «Louvre, replicó Oates con la misma serenidad.—¡Tunante! «exclamó el Rey, los Jesuitas no tienen ninguna casa á una milla «del Louvre<sup>2</sup>.»

Al oir semejante relato, estuvo muy léjos el Consejo privado de compartir la justa indignacion de Carlos: á sus ojos lo absurdo del complot era lo que le prestaba la fuerza, y por lo tanto mandó sellar todos los papeles de los Jesuitas, y apoderarse de sus personas. Mas como no produjese resultado alguno favorable la correspondencia mas íntima de los Padres acusados, y no siendo tampoco mas felices en la investigacion de la del P. la Colombière, confesor y capellan de la duquesa de Yorck, á pesar de haberle designado el delator como el principal confidente del P. Lachaise; hojearon con avidez la de Colman, secretario de la misma Duquesa, la cual no dejó de ofrecerles un pretexto á interpretacio-

<sup>1</sup> *Historia de Inglaterra*, tomo XIII, cap. I.

<sup>2</sup> La Compañía de Jesús solo poseia á la sazón tres casas en Paris, y las tres se hallaban en barrios muy distantes del Louvre: la casa profesa estaba situada en la calle de San Antonio; el noviciado en la de Pot-de-Fier, y el colegio de Luis el Grande en la de San Jaime.



nes. Colocado Colman en segunda línea, venia á ser uno de esos hombres que tanto abundan en los partidos, ávido, ambicioso, haciéndose un deber de la intriga, y pretendiendo, ora por lo exagerado de su celo, como por el crédito que se atribuía, constituirse en eje de los negocios.

En 1669 se habia concluido un tratado entre Carlos II y Luis XIV, que tenia por objeto la restauracion del culto católico en la Gran Bretaña, tratado á que no habian permanecido ajenos los PP. Annat y Ferrier, sucesivamente confesores del Monarca francés, y los Jesuitas ingleses. Colman, que no ignoraba estos detalles, hablaba de ellos al P. Lachaise, y le decia: «Hemos emprendido una gran obra, en que no se interesa nada menos que la conversion de los tres reinos y la subversion entera de esta pestilencial herejía, que, hace ya tiempo domina y ha dominado esta parte septentrional del mundo. Jamás hemos tenido tantas esperanzas desde el reinado de nuestra infortunada Maria.» Y añade en otra carta: «Yo deseaba ardientemente la continuacion de una correspondencia con el P. Ferrier, persuadido de que nuestro Soberano, mi amo el duque, y su Majestad cristianísima se hallaban interesados en unirse tan estrechamente, que fuese imposible separarlos sin destruirlos.»

Sabia Colman que los miembros del Parlamento estaban dispuestos á venderse á quien mas les diese, por cuyo motivo escribia al Jesuita: «Yo aseguré á Mr. de Rouvigny<sup>1</sup> que los flamencos y españoles no economizaban el dinero para animar contra la Francia al gran tesorero, al guardasellos, á los obispos, y á todo lo que se llama antigua nobleza. Tampoco eran menos hábiles en desacreditar el papismo. Sabian servirse oportunamente del bolsillo, que es el medio mas eficaz de hacerse amigos, para que dejasen de alentar á todo el mundo contra el duque de Yorck como á patrono de la Francia y de la religion católica.» «Carlos II, añade Colman, ordenó á Mr. de Rouvigny que tratase con el Duque, y que recibiese y ejecutase sus órdenes; pero advirtióle que no solo no se le hiciese ninguna propuesta concerniente á la Religion, sino que deseaba que semejantes asuntos fuesen remitidos al P. Ferrier ó á Mr. de Pomponne.»

Merced á esta correspondencia, cuyo secreto jamás habia pene-

<sup>1</sup> Mr. de Rouvigny era á la sazón encargado de negocios de Francia en Londres.

trado Oates, se dedicó el anglicanismo, sin contar con él para nada, á resucitar una nueva conjuracion, cuyo móvil fueron tambien los Jesuitas, y á quienes acusaban los Protestantes de haber intentado restablecer en Inglaterra el catolicismo por medio del incendio y la efusion de sangre. Pero no faltó un Antonio Arnauld que se lanzase á la defensa del Instituto. «Déjase conocer por estas cartas, dice el Jansenista en su *Apología*<sup>1</sup>; que solo escribia al P. Ferrier, y después de la muerte de este al P. Lachaise, con el objeto de que fuesen los mediadores cerca del Rey, y que nada se hacia sin dar parte á S. M.» Y volviendo luego al pretendido complot de los Jesuitas: «¿Puede decirse tal cosa, exclama, después de haber leído esas cartas, que prueban hasta la evidencia que todo se trataba con el Rey por la mediacion del Padre Lachaise ó de Mr. de Pomponne, sin que sea sospechado S. M. de haber aprobado esos designios crueles y sanguinarios que tan falsamente se atribuyen á los Católicos? Lo que seria una calumnia tan diabólica, que no se pudiera haber dado la menor idea de ella sin merecer la execracion, no solo de toda la Francia, sino de todo el género humano.»

La buena fe de Arnauld, del enemigo implacable de los Jesuitas, les tributa el mas brillante testimonio; pero este, que vencerá á la posteridad, no fue suficiente á desarmar los odios políticos del anglicanismo. Los dos Jesuitas, cuyo corresponsal se improvisaba Colman «habian rechazado siempre sus ofertas, dice Lingard.» Las pruebas estaban á la vista del Consejo privado. Sin embargo, pasaron adelante los lores, encarcelando á Colman, y agregándole en los calabozos á los cómplices que le asignaba la razon de Estado. En esto, fue hallado muerto sir Edmund Bury Godfroy, que habia recibido la primera deposicion solemne de Oates; y habiendo declarado dos cirujanos que se notaban en su cuerpo ciertas señales de violencia, bastó esto solo para que los herejes hiciesen un mártir del *papish plot* al amigo íntimo de los Jesuitas y de Colman. Proyectando conmover las masas populares, no se contentan con propalar que ha sido víctima de los Jesuitas, sino que exponen el cadáver á la curiosidad, es decir, á la *veneracion pública*<sup>2</sup>. Háblase de un degüello univer-

<sup>1</sup> *Apología de los Católicos*, pág. 271.

<sup>2</sup> Los Anglicanos, que siempre tienen razones concluyentes para todo, no pudieron jamás explicar el interés que podian tener los Jesuitas en la muerte



sal, de incendios generales, y de un envenenamiento en masa, señalando siempre y do quiera al pueblo la mano destructora de los Jesuitas ocupados en preparar estos atentados. Reúnese el Parlamento, y aparenta estar atemorizado; exige del Rey que tome todas las medidas imaginables para su seguridad; rodéase él mismo de precauciones insólitas, y ordena una informacion sobre las delaciones de Tito Oates, entrando á presidirla el conde de Shaftesbury. Cortesano este del poder, cualesquiera que fuese, habia servido á todos los partidos, profesado todas las religiones, y sin pensar mas que en sus intereses: orador brillante, publicista consumado, espíritu móvil, y genio tan vasto como perverso, habia reducido la traicion á sistema. Cada opinion le habia visto exagerar sus principios; y á todas las habia vendido una tras otra. Revolucionario por necesidad, mas bien que por conviccion, aceptó la república de los Santos y á Cromwell: se unió con Monk á la causa del trono, luego que vió bambolear el edificio republicano; y ministro del Rey durante muchos años, dió al catolicismo las mismas prendas que antes habia ofrecido al culto dominante.

Quinientas libras esterlinas estaban prometidas al delator que descubriese á los autores de la muerte de Godfroy. Cerciorada la impostura de que no tardarian en encontrar por do quiera engañados ó cómplices; y hallándose al lord Shaftesbury para alentarlos, se presenta Beldoe en el Parlamento el 4 de noviembre de 1698, con el objeto de ganar la recompensa legalmente votada; y después de revelar que lord Bellasis era el instigador del asesinato, añade, que él mismo, secundado por varios Jesuitas,

de este juez de paz, que les prestaba mas de un servicio. Los Puritanos, Presbiterianos y Episcopales desempeñaron su cometido, esparciendo con profusion un soneto, cuyos últimos versos que se refieren á la Compañía, son los siguientes:

Sir Edmundo Godfroy fue asesinado  
 Porque en rey terminaba su apellido:  
 Y este crimen atroz fue consumado  
 Por solo complacer, como es probado,  
 Al jefe de su Iglesia y su partido.

De esta manera los hijos de los regicidas de 1619 acusaban en 1678 á los Jesuitas, de haber muerto á este magistrado, porque las tres últimas letras de su apellido terminaban en *roy, rey*; añadiendo que lo habian hecho porque este sacrificio debia ser agradable á los ojos del soberano Pontífice.

habia atraído á sir Edmundo al patio del palacio de Sommerset, domicilio de la Reina, y que en él habia sido asesinado este magistrado por otros Jesuitas. Habiéndole chocado al Rey la hora que indicaba Beldoe, pregunta á sus oficiales, y encarga á su hijo natural, el duque de Monmouth, que tome nuevos informes; y bien pronto se halla averiguado y probado que el mismo Carlos II se encontraba en Sommerset con un centinela á cada puerta y una compañía de guardias en el patio, en el momento en que Beldoe se acusaba con tanta compuncion de un crimen imaginario; cuyo teatro debiera haber sido aquel mismo patio.

A pesar de haberse frustrado la conspiracion de Oates y Beldoe, prosigue Shaftesbury en forjarse una tabla de salvacion parlamentaria de unos medios tan vergonzosos. «¿No veis aun, le decia el Dr. Burnet, una de las antorchas de la iglesia anglicana, que todos los testigos que se presentarán en este negocio no serán otra cosa que unos espadachines?—Y ¿no sabeis vos, le contestó su interlocutor, segun lo consigna el mismo Burnet en sus *Memorias*, que cuanto mas extravagante sea nuestro complot, tanto mas crédulo se mostrará el pueblo, entusiasta frenético de lo maravilloso? Cualquiera que sea su testimonio, guardémonos de debilitarle; esos sugetos parecen bajados del cielo para salvar á la Inglaterra del papismo y de la tiranía.»

Triste es decirlo, pero la degradacion del pueblo inglés justificada con ese cinismo de la inteligencia, era una verdad entonces como lo es en la actualidad. Shaftesbury no tenia fe ni en la majestad, ni en el anglicanismo, ni en los Jesuitas: no tenia fe mas que en su ambicion. Los Jesuitas y los Católicos de la Gran Bretaña pasaron á ser una palanca de que se sirvió para destruir á los Estuarts ó para hacerse comprar por ellos. Oates y Beldoe habian encontrado, en fin, un hombre digno de comprenderlos. No ignoraban que Shaftesbury, enemigo personal del duque de Yorck y de los Jesuitas, que le despreciaban, seria en todas las circunstancias su consejero y su apoyo; y marchando por lo mismo á pasos agigantados por la via de las revelaciones que hasta entonces no habian hecho mas que indicar, no tardó el complot en desenvolverse bajo sus manos. El 23 de octubre de 1678 hizo leer Oates en la cámara de los Lores una deposicion, en la que se acusaba á Inocencio XI, «uno de los Pontífices mas santos, dice Arnauld, que han ocupado de mucho tiempo á esta